

SAN FRANCESC COLL, MODELO DE SANTIDAD PARA NUESTRO TIEMPO SU VIDA Y MENSAJE EN EL CONTEXTO DEL «AÑO DE LA FE»

Vic 17 de julio de 2013

Preámbulo

Puede afirmarse que San Francesc Coll no hizo en su vida otra cosa que desarrollar los contenidos y exigencias del Credo que, con entrañable melodía popular y en lengua catalana, aprendió a cantar en su parroquia de Gombren ya desde la infancia, en la segunda década del siglo XIX.

Después se convirtió él mismo en cantor de los mensajes que transmite el Símbolo de los Apóstoles, síntesis del mensaje evangélico. Puede que de alguna manera se estrenara ya como cantor en el seminario de Vic, pero es cierto que apenas profesó en el convento de la Anunciata de Girona en octubre de 1831 se encargó de la dirección del coro de los frailes, que en total integraban una comunidad de algo más de cuarenta religiosos.

Continuó con el anuncio y el canto de la fe a partir de 1838, en las parroquias de Artés y Moià, donde fue enviado por el Prelado de Vic. En esta última es seguro que formó un coro de cantores, sostenido con toda competencia por el organista Mossèn Josep Matarrodona, a quien el Padre Coll trató siempre como a entrañable hermano, hasta el punto de pensar que, en su casa e iglesia doméstica contigua a la misma en Moià, pudiera establecerse un noviciado de la Congregación de HH. Dominicas de la Anunciata apenas fundadas.

Apoyado en la seguridad y armonía de la fe continuó brillando con luz cada vez más intensa en incontables parroquias diseminadas por las diócesis catalanas de Vic, Barcelona, Tarragona, Lleida, Girona, Urgell y Solsona.

Para el período en que era estudiante en Girona recordaban que tenía una voz dulce y sonora que dominaba el coro (fr. Domingo Coma, T. 696-697), al interpretar el canto gregoriano, que dirigía en conformidad con la liturgia dominicana, cuyos textos y melodías se remontaban al siglo XIII. En aquel siglo de los orígenes de la Orden de Predicadores destacaban ya entre los teólogos y cantores de la fe, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Beato Pedro de Tarantasia, futuro Papa Inocencio V, entre otros.

Para el tiempo inmediatamente posterior a su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en Solsona en mayo de 1836, alcanzó a recoger el recordado Obispo Ramón Masnou memorias sobre la estancia de San Francesc Coll en la casa solariega de los Coma, en Puigseslloses, término de Folgueroles. Para el seminarista Coll fue aquella su segunda familia. —El citado Monseñor Masnou oyó contar a los Coma, por los tiempos en que con otros estudiantes realizaban paseos aprovechando la vacación escolar de los jueves por la tarde, que el Padre Coll, neo sacerdote, ensayaba a veces su predicación paseando a la sombra de los corpulentos árboles que se hallan hacia el ingreso de la masía. La voz del incipiente predicador —decían al joven Masnou y compañeros— alcanzaba tal potencia «que hasta los robles temblaban».

Pero también es verdad que durante su primera predicación en 1840, tenida en la iglesia reconciliada de Moià, tras los desastres de la primera guerra carlista, o guerra de los siete años, la potente voz del nuevo Vicario parroquial quedó ahogada por los gemidos y llantos de los moineses, que lloraban a sus 120 muertos, a tantos heridos que quedaron marcados quizás para siempre por la enfermedad, y clamaban inconsolables por la destrucción de buena parte de sus hogares, consecuencia de la tristemente célebre «Crema de Moià».

San Francesc Coll vivió la fe y anunció la fe, cuya síntesis presenta la Iglesia en el Credo. La doctrina de Santo Tomás de Aquino, en la parte filosófica, comenzó ya a profundizarla en el seminario de Vic. Continuó después adentrándose en ella durante los cursos de teología en Girona, y se mantuvo en trato frecuente con la misma a lo largo de la vida. El pensamiento de Santo Tomás le orientaba a considerar el Símbolo de la fe como un resumen de los diversos lugares de la Sagrada Escritura, donde se exponen las verdades que se han de creer, y a través de tal compendio, se facilita su asimilación para convertirlas en norma de vida. El Credo, escribía Santo Tomás, se ha formado a partir de los inagotables manantiales de agua viva diseminados por el campo de la Palabra de Dios (In III Sent., dist. 25, a. 1c). El P. Coll, para acercar esta doctrina a las gentes tenía, entre otras, la imagen del río de su pueblo, afluente del Ter, que se forma de tantos manantiales que vierten aquí y allá sus aguas hacia el valle, de manera particular desde las cumbres del Montgrony, presididas por el multisecular santuario de la Mare de Déu de Montgrony.

Infancia y seminarista

La vida de este hombre «rico de fe y de confianza en el *bon Déu*», como proclamaba abiertamente un inmediato colaborador suyo a la hora de la muerte (fr. Francesc Enrich, T. 588-589), transcurrió entre el año 1812 y 1875, a lo largo de 62 años del siglo XIX, la época del «liberalismo».

Nació en Gombrèn, el 18 de mayo de 1812, tiempo de guerra por la continuada ocupación napoleónica. Año afectado particularmente por el hambre, consecuencia sobre todo de la guerra y sus secuelas. En orden de edad ocupó el lugar undécimo y último entre sus hermanos. Quedó huérfano de padre cuando no había cumplido todavía los 4 años de edad.

Advirtieron tempranamente en él, y lo intuyó particularmente su madre, Magdalena Guitart, nacida en Vallcebre, indicios de vocación sacerdotal. Ella de manera especial, bien puede creerse que con el apoyo del párroco Antón Roquer, le animó para que comenzara su formación en el seminario de Vic. Por entonces los seminarios se surtían en su inmensa mayoría de alumnos externos. Vivían en sus casas o en hogares de acogida, y diariamente frecuentaban las clases o participaban en actos programados en los reglamentos de formación. Este fue el caso de San Francesc Coll desde enero de 1823 hasta julio de 1830. A lo largo de ocho cursos frecuentó las aulas del seminario vicense, dedicado al aprendizaje de la lengua latina y disciplinas humanísticas, primero, y, en la última etapa, entregado al estudio de la filosofía.

Cuando contaba unos 15 años de edad, y se hallaba al comienzo del trienio filosófico, un desconocido, en plena Rambla de Santa Teresa de la ciudad de Vic, le dirigió un mensaje en forma imperativa: «Tú, Coll, debes hacerte dominico». Ciertamente que no eran desconocidos para él los dominicos. A veces llegaban hasta Gombren para predicar. Una imagen de Santo Domingo se hallaba en el retablo de la Virgen del Rosario en la iglesia parroquial de su pueblo. En Vic, claro está, tenían una comunidad desde siglos atrás, y atendían la iglesia conventual de la Mare de Déu del Roser, una de las más frecuentadas para escuchar la predicación. Las Dominicas contemplativas, por su parte, habitaban un convento e iglesia con entrada por la rambla de Santa Clara. Las Beatas o Terciarias religiosas dominicas en su convento de Santa Catalina de Siena atendían, desde 1692, un colegio con internado, con numerosas alumnas inscritas —alrededor de 500—, que procedían, tanto de la ciudad de Vic, como de otras muchas ciudades y poblaciones.

Sin embargo, el joven Coll, que en el seminario seguía los pasos del obispo Jaume Soler i Roquer, de Jaume Balmes, y tenía la misma edad del más tarde obispo de Tortosa y arzobispo de Tarragona Benet Vilamitjana i Vila, tal como él mismo dio a conocer, nunca había pensado en hacerse religioso de la Orden de Predicadores. Pero aquel mensaje de una persona desconocida que se cruzó en su discurrir por la calle no le fue posible borrarlo ya de la memoria. Todo lo contrario, le volvían con frecuencia a la mente aquellas palabras: «Tú, Coll, debes hacerte dominico». Todo esto durante unos tres años.

Eran tiempos difíciles para la vida cristiana en general, y para la vida religiosa en particular. Las pautas marcadas por la Ilustración, traducidas en medidas concretas por la revolución francesa, se hicieron presentes también en el sur de Europa y, en concreto, en Italia, España y Portugal. Por lo que se refiere a España la vida religiosa sufrió un tremendo quebrando de 1808 a 1814. Seis años más tarde, en 1820, comenzó un período de gobierno liberal que cerró numerosos monasterios y conventos, facilitó millares de secularizaciones de religiosos, y atentó contra el patrimonio eclesiástico. Por entonces Francesc Coll iniciaba sus cursos en el seminario.

En la Orden dominicana

Con la madurez que él se procuraba para las decisiones de importancia fue clarificando la vocación a la vida religiosa. Al fin pidió el ingreso en el convento de Vic el mismo año que lo hizo fray Josep Sadoc Alemany, futuro arzobispo de California y padre en Concilio Vaticano I. Pero el prior conventual de Vic, hijo del convento de Girona, encaminó, al fin, a Francesc Coll hacia este último convento. Hizo su noviciado de octubre de 1830 al mismo mes de 1831, en que profesó solemnemente en la Orden de Santo Domingo. Después comenzó el estudio de la teología durante cuatro cursos, dentro de un clima de renovación tomista, que alentó, sin duda, la corriente del romanticismo, en su vertiente de aprecio por lo medieval.

La doctrina de Santo Tomás que tuvo la fortuna de estudiar directamente en sus mismos textos, y no sólo a través de manuales, intérpretes o comentaristas, contribuyó a forjarle un esquema mental maravillosamente ensamblado. Le alentó a ir siempre a la raíz de las cuestiones, a distinguir lo esencial de lo accesorio, a

reflexionar con respeto sobre las opiniones de los demás. Le introdujo en el amor a la sabiduría y le guió hacia una buena inteligencia de la Sagrada Escritura, con aprecio por la filosofía y la tradición doctrinal de todos los tiempos. Santo Tomás le alentó en su amor a la Iglesia y le proporcionó estímulo y bagaje para dedicarse con intensidad a la acción apostólica. Descubrió el valor que tiene la teología de la mente y del corazón, que es la que desciende a la vida concreta y proporciona impulso para entregarse a un apostolado sin fronteras. El sello de universalidad con que está marcada la doctrina de Santo Tomás se grabó indeleblemente en la inteligencia, voluntad y sensibilidad de aquel joven estudiante poseído por los ideales más nobles. Tantas expresiones de Santo Tomás de Aquino las guardó en su tenaz memoria y le vendrán oportunamente a los labios en las basílicas o en las plazas, en las charlas dirigidas a sacerdotes y religiosos, y las transmitirá a tantas otras personas como acudían a arrodillarse ante su confesonario en busca de reconciliación y consejo.

A principios de abril de 1835 se ordenó de diácono en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced de Barcelona, y en el mes de julio del mismo año se intensificó una persecución religiosa, que venía de atrás, y arrojó a sus moradores de centenares de conventos. Si exceptuamos alguna casa de paúles y de escolapios, tan solo tres casas de religiosos permanecieron abiertas en España: dos de agustinos (en Valladolid y Monteagudo, en Navarra), y una de dominicos, en Ocaña, provincia de Toledo. Estas tres casas quedaron exceptuadas de la excomunión, porque destinaban a sus alumnos hacia las islas Filipinas, entonces todavía colonia española.

Fraile exclaustro

Para San Francesc Coll comenzó en agosto de 1835 un tiempo de excomunión que, de hecho, duró por los años que le restaban de vida: casi cuarenta.

Para las leyes civiles no existían ya los religiosos. Sin embargo, para la legislación eclesiástica, para la jerarquía y para la espontánea estimación de los fieles sí lo eran, y no eran bien vistos los que pedían indultos de secularización, o llevaban una vida aseglarada. El papa Gregorio XVI, él mismo religioso benedictino camaldulense, procuró que no carecieran de superiores propios. Se nombraban superiores generales, llamados comisarios, y éstos, a su vez, instituían vicarios provinciales. El 22 de enero de 1836 el gobierno pidió a los obispos que aceptaran los servicios de los excomunión, nombrándoles para los cargos de ecónomos de parroquias, vicarios coadjutores, o para beneficios vacantes con cura de almas. La razón del interés mostrado ahora por el gobierno estaba en que pretendían ahorrarse el desembolso de pensiones que les habían asignado. No resultó fácil su colocación, habida cuenta del gran número de excomunión.

La legislación civil invasora del ámbito eclesiástico no se limitó a decretar el cierre de comunidades religiosas y a poner en venta sus bienes, sino que se dieron también normas sobre recepción de órdenes sagradas. Esta regulación afectó a Francesc Coll, que no era todavía sacerdote. Con una reforma eclesiástica en el horizonte prohibieron en absoluto a los obispos la administración del sacramento del orden. El papa Gregorio XVI denunció públicamente estas medidas el 1º de febrero de 1836, pero, por desgracia, poco más podía hacer.

En la noche del 7 de agosto de 1835 se disolvieron las comunidades religiosas de Girona. Francesco Coll, junto con Josep Sadoc Alemany, se dirigió hacia Vic y, desde aquí, hacia su pueblo natal de Gombrèn. Allí buscó refugio en una casa de campo, que tenía un hijo agustino. Más tarde se desplazó de nuevo, no sin sobresaltos, hacia Vic, sin duda para terminar el curso de teología que le faltaba. Se hospedó otra vez entre los Coma de Puigseslloses y se trazó un plan de vida que cumplió con admiración de cuantos le rodeaban. Repartió la jornada entre la oración y el estudio, para el que seguramente se ayudó de la atención de algún dominico exclaustro residente en la capital de la diócesis, y de algún profesor del seminario, porque este centro no se abrió a la docencia en el curso 1835-1836.

En enero de 1836 tenía ya letras dimisorias de su superior provincial, exclaustro como él, para recibir la ordenación sacerdotal, aunque tuvo que esperar hasta el mes de mayo, en que lo ordenó de presbítero el obispo de Solsona, el mercedario Juan José de Tejada, en el oratorio del palacio episcopal. En Vic no había obispo por entonces, y tras la muerte de Mons. Corcuera. Permanecía en vigor la prohibición de administrar y recibir órdenes sagradas. Tan solo lo tenían permitido los ingleses que, desde el siglo XVI, formaban a futuros sacerdotes en el seminario de San Albano de Valladolid. Resulta ilustrativo al respecto recordar un fragmento de la crónica de una primera misa, que redactó uno de los formadores llamado James Standen, todavía en 1840:

«No es de extrañar que la alegría de mi corazón me hiciera estallar en lágrimas. Lejos estuve de ser el único que las derramara; y en verdad no faltaban a los católicos españoles allí reunidos motivos para las lágrimas. Los solemnes tonos del canto gregoriano, que no habían escuchado durante cinco largos años de aflicción y terror, no pudo menos de recordarles tiempos más felices, alejados tal vez para siempre. La vista de las vestiduras y otros ornamentos, que no pocos recordarán haber visto en monasterios, que ahora no son más que nombres vacíos, les recordarán aquellos días de pillaje y confiscación por todas partes y, en algunos lugares, de derramamiento de sangre y masacre. Al celebrar una especie de triunfo en una iglesia propiedad de extranjeros no podía menos de despertar en los católicos los temores que tanto tiempo los han atormentado, en el sentido de que su querida religión está a punto de abandonar su suelo profanado para buscar refugio en tierra extranjera».

Es evidente que manifestaron gran valentía, tanto el obispo ordenante de Solsona, como el joven ordenando Francesc Coll en aquella mañana del 28 de mayo de 1836. Celebró después su primera misa en la ermita de Sant Jordi. La familia Coma, y en concreto el sacerdote Josep Coma que será poco después testigo en el proceso de canonización, se encargó de que el hecho se recordara para la posteridad colocando una lápida en 1922. Por entonces y en la misma iglesita ya había otra lápida conmemorativa, también de la primera misa, del poeta Mossèn Cinto Verdaguer. En Sant Jordi tuvo una experiencia particular el Padre Coll. Asegura un testigo «de auditu a videntibus», el sacerdote Ramón Puig i Coll, profesor en el seminario de Vic, mártir, y su sobrino nieto, que «el Padre Coll hablaba a menudo de lo que le sucedió y no sabía explicar al celebrar la primera misa en Sant Jordi. Las primeras producciones del poeta catalán —añadía— salieron de los alrededores de Sant Jordi. Los primeros sermones del predicador de Cataluña fueron en Sant Jordi. Muy bien, pues, que los dos tengan en Sant Jordi un monumento que recuerde el acto más principal y más fervoroso de un sacerdote, que sin duda es la primera misa» (T,

493). Las conmemoraciones del Padre Coll en Sant Jordi han sido incontables y en ellas han participado personas de cuatro continentes, para recordar y agradecer su sacerdocio ministerial y venerar la imagen que tiene allí desde la beatificación en 1979.

En el ministerio parroquial

Tras la ordenación continuó viviendo durante dos largos años en la masía de Puigseslloses, en espera de una reapertura de su convento, pero ni el suyo, ni otros de su Orden se iba a reabrir mientras le duró la vida. De acuerdo con sus superiores se ofreció para el ministerio parroquial en la diócesis de Vic. El vicario capitular y más tarde obispo Lluçà Casadevall lo envió por breve tiempo como coadjutor de la parroquia de Artés y, a finales de 1839, a la de Moià. Donde ayudó a la reconstrucción, sobre todo espiritual, de aquellas gentes deshellas por la guerra.

Fue —escribían— como un «ángel de paz» para todos los moianeses. Su apostolado, tras las huellas de Cristo y de Santo Domingo, brotaba de la abundancia de la contemplación. Una de aquellas niñas que frecuentaban sus catequesis y más tarde ingresó en la Congregación por él fundada, atestiguará que para ella fue, por encima de todo, un perfecto imitador de Jesucristo y de Santo Domingo. (Margarita Santaeugenia Vilarrubia, T, 770). Llegaba muy pronto a la iglesia y esperaba a veces ante las puertas cerradas, se introducía en la *capella fonda* para preparar la jornada, ante el santísimo sacramento lo veían siempre arrodillado, celebraba con gran fervor la eucaristía, se prodigaba como catequista especialmente en la preparación de primeras comuniones y usaba una metodología creativa que despertaba interés, visitaba enfermos, atendía asiduamente a los fieles en el confesonario, animaba a la concordia, al perdón y a la reconciliación, su vida era austera y penitente, partía su pan con el hambriento, luchaba para erradicar lacras, acogía a estudiantes pobres de la preceptoría, abrió a tantos las puertas de la vida cristiana con la administración del sacramento del bautismo, fue animador de las asociaciones, especialmente de la cofradía del rosario, enseñaba los caminos de la oración mental en celebraciones cotidianas en la iglesia de Sant Sebastià, predicaba incansablemente y con gran fortaleza y amor a la verdad, en las eucaristías dominicales que celebraba, y también en las que celebraban otros sacerdotes, preparaba con esmero sus participaciones en las conferencias morales y litúrgicas que se organizaban en el arciprestazgo, escribía sermones, dedicaba horas al estudio, así como vigiliaba en lo recóndito de su habitación. En su porte descubrían que no perdía la presencia de Dios. La población en general le apreciaba y hablaba de él con elogio, y le estimaba particularmente el párroco Dr. Castanyer, más tarde obispo (1857-1865). (Antonell, T, 671). Con sus conversaciones dulces y amables, apagó muchos odios y llevó la paz a muchas familias (I. Dalmau, T, 703). Para dar realce a las funciones religiosas fundó un coro de cantores jóvenes y lo sostuvo económicamente con sus escasos medios. No mostraba en modo alguno apego al dinero.

Predicador itinerante

El celo que le devoraba, en expresión de una persona que le conoció desde la niñez, el canónigo Jaume Collell, le salvó de la inercia de la exclaustación. Este celo tan abiertamente manifestado se comenzó a desplegar desde la parroquia de Mojà a otras parroquias cada vez más distantes. El propio padre Coll fijó el año 1839 como el punto de arranque de una actividad apostólica misionera. Seguramente comenzó estando ya en Artés. En 1863 escribía al nuncio en Madrid Lorenzo Barili y le decía que, como sacerdote dominico, estaba ocupado en dar ejercicios y misiones y atendiendo el ministerio del confesonario desde el mencionado año 1839. Es verdad que tenía confiado un cargo parroquial, pero no era el único vicario. Las suplencias que le hacían cuando estaba fuera las compensaba a la vuelta descargando de trabajo a sus compañeros.

Fue a partir de 1844, a los 32 años, cuando su radio de acción se extendió cada vez más. Por entonces San Antonio M^a Claret terminó de configurar un equipo apostólico, tras su regreso de Roma en marzo de 1840. Dentro del equipo, en 1846, aparece Francisc Coll como coordinador de ejercicios espirituales. En el programa de este equipo se pedía el compromiso de sembrar la semilla de la Palabra de Dios, sin echarse atrás ante los sacrificios y humillaciones que llevaba aparejado semejante empeño. Desde 1848 Sant Francesc Coll tenía el título de Misionero Apostólico, otorgado por la Congregación «de Propaganda Fide».

Con el título de Misionero Apostólico su actividad se incrementó en gran manera. A partir de mayo de 1849 hay documentos relativamente abundantes para seguir su itinerario apostólico. A ejemplo de Santo Domingo recorrió a pie largos y difíciles caminos, sin dinero, retribuido con una comida pobre, y evangelizando el nombre de Jesucristo por pueblos, ciudades y campos. El obispo benedictino Simón Guardiola le llamó a su diócesis de Urgell y le confió una predicación de nueve días en el apartado pueblo de Castellbò. El novenario fue alargándose y duró unos 15 días. Dada la respuesta positiva de la gente, que acudía haciendo hasta 10 horas de camino, el obispo le confió misiones populares por diferentes zonas.

Para ello le buscó colaboradores. Fueron dos padres de la Compañía de Jesús y un diocesano llamado Josop Sansa, párroco de Montanissell. Los jesuitas, tras las supresiones, vivían en situación de «dispersos». Los de Cataluña formaban un pequeño grupo de poco más de 20 sacerdotes. El obispo asoció al padre Coll a los religiosos Joan B. Vidal e Ignasi Serra, este último nacido en Mojà. La colaboración entre ellos fue total. Los jesuitas lo aceptaron y reverenciaron como a verdadero padre. Nuestro Santo contaba entonces 37 años de edad.

Misionaron por *Organyà, Sort, Llesui, Esterri d'Aneu, Gil (Isil), Llavorsí, Rialb, Abella de la Conca, La Pobla de Segur, Conques, Tremp, Salàs, Arén*. A comienzos de 1851 volvieron a *Organyà* y continuaron por *Oliana, Agramunt, Ivars d'Urgell, Igualada*, en la diócesis de Vic.

San Francesc Coll planificó las *misiones populares* a partir de una intensa vida comunitaria de los misioneros entre sí. Éstos se consideraban enviados por el obispo. Iban a los lugares señalados por él y en el orden que establecía. Pedían una casa para

habitar juntos, auxiliados por un cocinero, que a veces era un hermano coadjutor, o también un seglar. Aceptaban alimentos pobres, y los compartían con los necesitados. El Padre Coll, primero, y sus compañeros, después, no aceptaban retribución económica por la misión predicada. Ésta duraba, por lo general, poco menos de un mes.

Comenzaba todo con unos ejercicios espirituales dirigidos a los sacerdotes de la zona. Varias docenas solían concurrir al lugar establecido y allí se dedicaban durante seis días a la meditación, auxiliados por las reflexiones y el contacto personal con nuestro Santo. Llegó así a conocer a centenares de sacerdotes y a tener entre ellos un gran ascendiente. Terminados los ejercicios los clérigos se convertían en animadores entusiastas de sus feligreses, a los que acompañaban en días señalados para los actos generales que se organizaban, normalmente los domingos o fiestas. Aunque los sacerdotes ayudaban en el ministerio de las confesiones, los misioneros, y en concreto el Padre Coll, dedicaban muchas horas al día a recibir a los penitentes, que buscaban ávidamente sus consejos y la pacificación de los corazones.

Se hacía un repaso sistemático de la doctrina cristiana, tanto en lo que se refiere a las verdades a creer como a las normas a practicar. Los misioneros se distribuían las conferencias o charlas. El Padre Coll solía pronunciar los sermones, de ambientación o de conclusión, y los que se tenían en las concentraciones especiales. Animaba también con su palabra en las celebraciones litúrgicas. Se dirigía a los niños, jóvenes y mayores, a encarcelados, visitaba enfermos en los hospitales o en sus domicilios. Sus misiones comenzaban con el canto del «Veni Creator Spiritus» en las iglesias, y se clausuraban con una procesión solemne por las calles, portando él la custodia con el Santísimo Sacramento. En el transcurso de la misión, más de una vez, dirigía también ejercicios espirituales a algunas comunidades de religiosas contemplativas.

Continuó acompañado por dos padres jesuitas y algún diocesano hasta comienzos de 1853, y siguió por la diócesis de Urgell: *Vilanova de les Avellanes y Balaguer*. Después estuvo en la de Lleida, en *Les Borges Blanques*. Con sacerdotes diocesanos recorrió parroquias de las diócesis de Solsona y Vic: *La Pobla de Lillet, Bagà, Gombrèn*, su pueblo natal, *Ribes de Freser*. Le reclamó más tarde la ciudad de *Barcelona*, donde en la iglesia de *Santa María del Mar* predicó durante los meses de mayo y junio de 1853. Volvió de nuevo a predicar la novena del rosario en la iglesia de *Montsió*, de monjas dominicas. Con religiosos claretianos, en el mismo año, misionó en *Manlleu* y *Roda de Ter*. En fin, el campo de acción se abrió a poblaciones de la archidiócesis de *Tarragona*, a las ciudades de *Lleida, Vic, Gerona, Solsona, La Seo d'Urgell, Manresa, Mataró, Igualada*, o en poblaciones como *Vilanova i la Geltrú, Torà de Riubregós, Artés*, en la Vall d'Arán, *Serós, Gironella, Sant Andreu de Palomar, Calaf, Guissona, Santa Eulalia de Riuprimer, Sarrià de Ter, Espinelves, Viladrau, Castellterçol...*

En diciembre de 1869 se hallaba predicando un novenario de difuntos en *Sallent* (Barcelona) cuando, el día 2, le sobrevino la ceguera, como consecuencia de un ataque de apoplejía. Ciego y todo continuó adelante con el novenario que tenía

comprometido. Los ataques de apoplejía se repitieron pero, mientras no le postraron del todo —que fue claramente a partir de febrero de 1873—, continuó con su tarea de evangelizador. A veces perdía la referencia del público y se hallaba hablando de cara a la pared, pero le seguían con tanto interés como en los mejores tiempos.

Fundación de las HH. Dominicas de la Anunciata

Quienes conocieron al padre Coll aseguraban que no se precipitaba a la hora de tomar decisiones. De ordinario tardaba en dar una palabra o en adoptar una resolución pero, cuando se proponía algo tras madura deliberación, no era fácil a volverse atrás. La fundación de las Hermanas dominicas de la Anunciata fue resultado de muchos años de oración, reflexión y consultas de todo tipo. Algunos dicen que soñaba ya con un cierto proyecto de tipo educativo desde los años de seminarista en Vic. No es improbable que así fuera, dada su sensibilidad apostólica y el hecho de tener ante sí una nueva Congregación dedicada en parte a la enseñanza, cual era la de las Carmelitas de la Madre Vedruna, fundadas en Vic en 1826, cuando él estaba dedicado al estudio del latín. Le ayudaría a reflexionar también en esta misma dirección el centro formativo abierto a finales del siglo XVII, que regían las dominicas del beaterio de Santa Catalina, al que acudían numerosas niñas de la ciudad. Acogían, además, en su internado a muchas otras que llegaban de diferentes comarcas.

Los sueños de los tiempos de formación fueron adquiriendo mayor consistencia en su alma a medida que recorría ciudades y pueblos en los que advertía la falta de escuelas, lo poco frecuentadas que estaban las existentes y la escasez de maestros. Le afligía especialmente la ignorancia en que estaba sumida la mujer. Pensó entonces en la fundación de una tercera orden dominicana docente, tanto para varones como para mujeres. Así lo aseguraba su fiel colaborador el sacerdote Joaquim Soler, natural de Moirà. Tantas veces lo pudo escuchar de sus labios en la morada que les era común en Vic. Comenzó, sin embargo, por la fundación de las terciarias de Santo Domingo para la enseñanza y, tanto en esta obra como en el ministerio de la predicación, centró todo su esfuerzo en adelante.

Por fin reunió siete postulantes en agosto de 1856 y así comenzó a tomar forma una nueva realidad en el ámbito de la familia dominicana en España. Muchos la miraban con suspicacia, algunos la combatieron, otros, en fin, la apoyaron. Todo contribuyó a afianzarle en el convencimiento de que se trataba de una obra querida por Dios, amparada por la Santísima Virgen del Rosario y vivificada por los méritos e intercesión de Santo Domingo.

Expuesto el proyecto y recibida la aprobación verbal del obispo de Vic Antoni Palau i Termens, reunió a las primeras postulantes el 15 de agosto de 1856. No había levantado para ello una casa, pero alquiló una vivienda contigua a la que él habitaba en el Call Nou de esta ciudad de Vic. No había acumulado un fondo económico para ponerla en marcha. Confiaba en la providencia, que no podía faltar a los «pobres de Cristo», como confió Santo Domingo en su tiempo para los primeros que reunió en Toulouse. Estos humildes orígenes fueron causa de la división de pareceres que se

expresaron en torno a la nueva obra. El Padre Coll los vivió con fe inquebrantable, no exenta de sufrimiento también intenso.

Desde el punto de vista jurídico eclesiástico disponía ya de cuanto se necesitaba en aquel momento histórico para la fundación de una casa de terciarias religiosas dominicas. Tenía la aprobación del superior provincial para los dominicos y asimismo la del ordinario del lugar, el obispo Palau. Era el proceso que se seguía cuando se abría una casa de la tercera orden regular, es decir, de religiosas dominicas.

Desde la exclaustación los religiosos fueron vinculados más estrechamente a los obispos, en virtud de facultades quinquenales que les otorgaba la Santa Sede. En tales circunstancias la aprobación del obispo era más necesaria que nunca, y el obispo Palau la dio de palabra, pero no la plasmó en documento alguno. ¿No quiso negarse abiertamente a lo que se le presentaba? ¿Tenía dudas acerca de la oportunidad? ¿Había tenido problemas con alguna fundación presente en su diócesis? ¿Pensó que quizás el proyecto del padre Coll no se iba a llevar a la práctica de inmediato? ¿Estimaba que el momento político que atravesaban era uno de los menos oportunos para que brotara una nueva congregación en su iglesia particular?

A los reales decretos de desamortización eclesiástica y de vigilancia estricta de los predicadores se añadieron otros: como la prohibición a los obispos de conferir órdenes sagradas y de tener alumnos externos en los seminarios, derogación del permiso que se había dado a los jerónimos para que volvieran a su monasterio de El Escorial, prohibición de recibir postulantes y novicias en todos los conventos y monasterios de España. Es verdad que el bienio progresista finalizó en julio de 1856, pero el clima no parecía el más favorable para una fundación, y el obispo, cuando menos, estaba obligado a obrar con cautela. De todos era sabido en Vic, porque se publicó en el Boletín diocesano, la fuerte advertencia que recibió Palau i Termens el 5 de julio de 1855 de parte de Manuel de la Fuente Andrés, ministro de gracia y justicia en el bienio, por haber permitido la instalación de casas religiosas sin haber mediado los requisitos de aprobación estatal (G, 242-244).

Al advertir el ordinario de Vic que la obra para la que dio permiso de palabra había comenzado, y también al recibir quejas o al menos muestras de extrañeza por parte de algunos eclesiásticos, llamó al padre Coll para dialogar sobre el tema, invitarle a desistir del proyecto y dispersar al grupito de jóvenes, que en lo exterior se manifestaban ya como religiosas, porque llevaban el signo de un hábito. El padre Coll llevó la defensa de su idea fundacional haciendo presente al prelado las exigencias de la vocación religiosa, y las necesidades urgentes de la sociedad, en particular en el campo de la educación. Es seguro que el obispo le formuló esta pregunta: —«¿Pero, padre Coll, qué hacemos con las leyes?» —A esto respondió nuestro Santo con otro interrogante: —«Excelentísimo Señor, ¿qué hacemos con las almas?». —Rogó y suplicó, y al fin, consiguió que continuaran reunidas, aunque de manera discreta. Podrían vivir en comunidad y llevar un hábito, pero sin toca en la cabeza (T, 673). En el padrón de vecinos que se hizo pocos meses más tarde no figuraban como grupo religioso, sino como «trabajadoras», no se mencionaba entre ellas una superiora, sino

una «cabeza de familia», no adquiriría bienes una comunidad, sino algunas personas de manera asociada. No figuraban en la guía eclesiástica de la diócesis de Vic.

Se oponían también algunos sacerdotes y hasta hubo amigos que se levantaron contra el que nunca se llamó *fundador*. Le aconsejaron dejar a un lado su empeño, porque pensaban que las hermanas no tendrían futuro. Para la continuidad se precisaban medios económicos de los que no disponía, porque ni siquiera había aceptado hasta entonces una cierta retribución por el ministerio apostólico. De ahora en adelante sí lo aceptará, pero no para él, sino para ellas. Para que semejantes jóvenes cumplieran con el fin deseado tenían que estudiar, sufragarse los estudios, obtener títulos y opositar a plazas de maestras. Todo muy complicado en sí y más en semejantes circunstancias. Por el bien de aquel grupito insignificante, y por el prestigio del padre Coll, que veían en peligro, algunos opositores reaccionaron negándose a administrarles el sacramento de la penitencia cuando se acercaban a sus confesonarios. No faltó alguno que consideró que eran unas ilusas, poco menos que engañadas. Fueron momentos de intenso sufrimiento para ambas partes, para las jóvenes, que en algún momento se manifestaron no tan seguras del camino emprendido y, sobre todo, para el iniciador del camino, que lo consideraba como una obra de Dios, pero en cuya realización experimentaba la soledad. Al recordar estos momentos, exclamaba después: «¡Al comienzo todos me dejaron solo!» (T, 719). En verdad, la oleada de oposición en los orígenes contagió incluso a alguna de las primeras aspirantes, al encontrar la casa tan pobre, y éstas le echaron en cara que las había engañado. Sin embargo él, que vivió todo con profundo dolor y firme esperanza, resumió de alguna manera sus sentimientos con estas palabras:

«¡Y qué frutos más hermosos y agradables a Jesús y a María podemos esperar que dará este mismo árbol, o sea, esta tercera orden de mi padre Santo Domingo de hoy en adelante, con la gracia del Señor! —¿En qué se fundan, pensará alguno, estas esperanzas? —En las ramas y flores en su nacimiento aborrecidas, despreciadas y perseguidas hasta de los mismos que debían cubrirlas para defenderlas del frío, acogerlas para que no fuesen pisadas de las bestias, y alimentarlas para que no muriesen de hambre. Pero dicho árbol, regado con el sudor de su admirable plantador, mi padre Santo Domingo, ha hecho que fueran unas flores frescas y hermosas, y que diesen las más ciertas esperanzas de producir, a su debido tiempo, los más abundantes y copiosos frutos» (O, 53).

La Congregación, efectivamente, se fue consolidando y extendiendo por las diferentes diócesis catalanas. Pasados 20 años de la fundación tendrán ya más de 50 casas. A partir de agosto de 1856, fecha ya recordada de su fundación, no cesó de prestar sus cuidados a las dominicas por él fundadas, pero esta entrega no le apartó en modo alguno de continuar recorriendo pueblos y ciudades para hacer muchos amigos de Dios entre sus contemporáneos. Simultaneó de forma admirable ambas tareas. Los viajes apostólicos le sirvieron, por otra parte, para fundar nuevas comunidades y visitar las ya fundadas, predicar y seguir formando a las hermanas, aunque sin interferir en el normal desarrollo de sus instituciones.

Entre sus trabajos apostólicos destacaron las misiones populares. Le parecía que lo ideal para conseguir una buena siembra de la Palabra de Dios era formar una comunidad evangelizadora. Las leyes civiles no le permitieron vivir en un convento, pero se integró en otro tipo de vida comunitaria con misioneros animados por el mismo espíritu. Manifestó claramente sus convicciones en una carta de respuesta al vicario general de Lleida, escrita desde Balaguer el 1º de abril de 1852. Respondía a la invitación que le hacía Ignasi Sullà en nombre del obispo Úriz y Labayru para predicar individualmente en su diócesis. Le hizo presente que uno solo nada o muy poco podía hacer. Echaría la semilla de la divina palabra sin recoger el fruto. Cosechar era lo que importaba, como se lo había enseñado la experiencia. Uno solo se fatigaba infructuosamente, y esto no lo deseaba de ninguna manera (T, 547).

Pero no en toda circunstancia podía formar una comunidad predicadora, como por ejemplo, cuando le invitaban a predicar sermones panegíricos, ejercicios espirituales, novenarios de diverso tipo, meses enteros de mayo, dedicados a María, y también cuaresmas. El tiempo que precede a la Pascua lo empleó con frecuencia en la exposición sistemática la Palabra de Dios. Siguió también en esto los pasos de Santo Domingo y apreció la cuaresma como tiempo de renovación espiritual. Santo Domingo de ordinario no viajaba a partir del miércoles de ceniza. Allí donde se hallaba en esta fecha permanecía hasta el tiempo pascual.

Continuó predicando misiones populares, precedidas de ejercicios espirituales al clero. A través de este género de predicación llegó a tratar a muy numerosos sacerdotes de las diferentes diócesis de Cataluña. Estos lo aceptaron como hermano y maestro en los caminos del espíritu y en la entrega al apostolado.

Para el desarrollo de la misión se vio auxiliado de igual modo por un equipo de sacerdotes, al que se incorporaban los del territorio. En estos años de madurez, cuando andaba por los cincuenta años de edad, tuvo un discípulo aventajado que formó parte de la comunidad predicadora itinerante. Lo fue fundamentalmente para parroquias que pertenecían al obispado de Urgell. Se llamaba *José Nofre y Sansa*, director espiritual del seminario de La Seu d'Urgell. Llegó a escribir:

«Son tantas las cosas que puedo decir de este varón de Dios, que necesito amanuense para referir las cosas ocurridas en las treinta y dos poblaciones que evangelizó en este grande obispado. Yo nunca he visto predicador tan fervoroso, tan humilde y tan simpático y al mismo tiempo tan prudente, que arrastraba los corazones de todos. Modulaba la voz como quería, ésta era clara y penetrante, que conmovía el auditorio de un modo admirable» (T, 738).

Siguió predicando cuaresmas. Cuatro veces, por lo menos, fue en la catedral de Vic. También en Mataró, Balaguer, Manlleu, Manresa, Igualada, Roda de Ter... Durante la cuaresma se hacía un repaso de la doctrina cristiana, con explicación de los mandamientos de la ley de Dios, de las virtudes, vicios y pecados, sacramentos, Sagrada Escritura, cristología, eclesiología, escatología y problemática concreta planteada a los creyentes por la mentalidad ilustrada y liberal.

Otra oportunidad de predicación sistemática se la ofrecieron los meses de mayo, sobre todo en la ciudad de Lleida. Pero predicaba días y días, porque la gente no se resignaba a dejarlo marchar, como ocurrió en Castellterçol:

«Era incapaz la iglesia de Castellterçol para la multitud de oyentes que querían oír predicar al que decían que era un santo, y así abiertas las puertas del templo se agrupaban en la plaza, y se llenaban los balcones y ventanas cercanos a la iglesia desde donde oían y escuchaban al padre Coll. Era tan grande el fruto que producía en sus sermones, que la capilla del Rosario de la iglesia parroquial, donde tenía el confesionario, estaba todas las mañanas repleta de personas que esperaban para confesarse con él» (T, 1028-1029).

Se sabe que predicó novenarios en *Moià* (Barcelona), (T, 671), *Tona* (Barcelona) (T, 740), *Igualada* (Barcelona), (T, 733), *Castellar del Vallès* (Barcelona), (T, 756).

En los meses de mayo y en las novenas de octubre se centraba en sus exposiciones en las glorias de María, el lugar que Dios le asignó en la historia de la salvación. Predicaba de manera especial sobre los quince misterios que se contemplan en la recitación del rosario. Lo recordaba el padre Francesc Enrich cuando comunicó su muerte al superior general de la orden dominicana: «El santísimo rosario, lo que equivale a decir las alabanzas a María, fue su tema inagotable» (T, 586). Lo rezaba con tal fervor en las iglesias que, aunque estuvieran las puertas cerradas, se oía su voz desde lejos, como si estuvieran a su lado, decía un testigo de Borredà, y el mismo testigo aseguraba que continuamente lo rezaba por los caminos (T, 726). En la misión que predicó en Olot animaba a ir al cielo con la *Rosa* del santo rosario (T, 737).

Mirando hacia América

El 17 de septiembre de 1868 el primer arzobispo de San Francisco de California, fray Josep Sadoc Alemany escribía al superior general de la Orden dominicana hablándole de un proyecto de fundación, en el que estaba interesado también el Padre Coll. Se trataba de establecer en España *uno o varios colegios o centros de formación para dominicos misioneros*. El arzobispo pidió a la congregación de «Propaganda Fide» —a ella pertenecían las diócesis de los Estados Unidos— que le nombraran un coadjutor para San Francisco, aunque había planteado, sin más, la renuncia al cargo de arzobispo. Decía que el lugar del centro de formación dominicana podría ser Barcelona, Zaragoza u otra ciudad de población importante. La situación política, sin embargo, no lo permitió, pero con tal motivo Alemany trazaba así algunos rasgos del Padre Coll: «*Hay en Cataluña un Dominico de óptima vida y de santos deseos, de vida regular y observante, que se unirá a nosotros: éste ha fundado en los tiempos más calamitosos de España como 40 ó 60 conventos de dominicas para la instrucción de las niñas: y es óptimo Misionero*».

Etapa final

En diciembre de 1869 se hallaba predicando un novenario de difuntos en *Sallent* cuando, el día 2, tuvo un primer ataque de apoplejía. Enfermo y todo, siguió predicando y confesando cuanto pudo, especialmente en algunas poblaciones donde tenían casa las Hermanas de la Anunciata.

En enero de 1871 se repitió el ataque de apoplejía, dejándole más postrado. En semejantes circunstancias no dejó tampoco del todo el ministerio apostólico y la atención a las Hermanas. Todavía acompañó a las fundadoras de *Santa María de l'Estany*, a 8 kms. de *Moià*, *Gombrèn* y *Sant Hipòlit de Voltregà*. El 6 de febrero de 1872 tuvo un tercer ataque de la enfermedad que venía padeciendo. A consecuencia del mismo perdió por completo la vista y no pudo ya celebrar en adelante la misa.

Llevó todo el proceso de la enfermedad muy unido a la voluntad de Dios, y repetía a veces: «Si yo supiese que poniéndome los dedos en los ojos había de ver, pero sabiendo al mismo tiempo que no era voluntad de Dios, no lo haría» (T, 775). En agosto de 1874 tuvo un nuevo recargo en su enfermedad, y el 20 de septiembre fue trasladado a la casa asilo de sacerdotes de Vic, en la calle Balmes, nº 1. Se había recrudecido la tercera guerra carlista y consideraron que en aquellas circunstancias no ofrecía garantías de seguridad el lugar en que estaba emplazada la casa madre, entonces en Calle de los Capuchinos. La priora general le aseguró personalmente y por medio de otros el cuidado más exquisito en la nueva residencia. Lo asistieron hermanas, los sacerdotes Joaquim Soler y Josep Casademunt, así como el estudiante Maurici Santaeugenia, nacido en *Moià* y sobrino de la superiora general.

Transcurrió en la casa asilo de sacerdotes poco más de medio año. Falleció el 2 de abril de 1875, fiesta de su patrono San Francisco de Paula. Murió a las 8,30 de la mañana con el rosario en las manos. Una vez fallecido llevaron de inmediato su cadáver a la iglesia de la casa madre, en la calle de los Capuchinos. El pueblo de Vic desfiló en gran número durante dos días ante la capilla ardiente. Los habitantes de Vic ofrecieron inequívocas muestras de veneración. Besaban sus manos y frente, tocaban medallas y rosarios en su cuerpo, cortaban trozos del hábito dominicano con que estaba amortajado, y de sus cabellos, para llevárselos como reliquia.

El proceso en orden a la beatificación y canonización se abrió el 3 de marzo de 1930, y se terminó la fase ordinaria informativa el 20 de noviembre de 1931. En julio de 1932 comenzó el proceso de *non cultu*. La recopilación de escritos finalizó el 12 de enero de 1936. El 19 de febrero de 1941 se publicó el decreto de introducción de la causa. El proceso apostólico sobre las virtudes tuvo lugar en Vic de 1943 a 1945. El 2 de diciembre de 1951 se publicó el decreto sobre la validez de los procesos. El 19 de enero de 1960 se celebró la congregación antepreparatoria de las virtudes, y el 10 de diciembre de 1968 la preparatoria. El 4 de mayo de 1970 fue declarada la heroicidad de sus virtudes.

El 7 de julio de 1977 Pablo VI autorizó la publicación del decreto de milagro obrado por su intercesión a favor de Justa Barrientos, nacida en Valencia de Don Juan (León), y residente en Sama de Langreo (Asturias). El mismo Papa fijó la fecha de

beatificación para en 22 de octubre de 1978, aunque no la pudo celebrar porque, como es sabido, falleció el 6 de agosto del mismo año. Juan Pablo I mantuvo la misma fecha y, por razón de su muerte, tampoco realizó la beatificación.

Al fin fue beatificado por Juan Pablo II el 29 de abril de 1979, junto con Jacques-Désiré Laval, misionero en la isla Mauricio. Fueron las primeras beatificaciones de su pontificado.

En orden a la canonización se abrió un proceso de milagro en Madrid el 28 de abril de 2004.

Fue canonizado por el Papa Benedicto XVI el 11 de octubre de 2009 en la basílica de San Pedro del Vaticano. Cada uno de los tres estados que integran la Iglesia, jerarquía, religiosos y seglares pueden beneficiarse de su testimonio de fe y de su magisterio.

Para quienes han recibido el orden sacerdotal, el nuevo Santo se presenta como modelo de cómo puede llevarse a la práctica el compromiso adquirido en la ordenación: ofrecer el sacrificio de Cristo, bendecir, presidir al Pueblo y predicar las verdades que iluminan en su globalidad la vida del creyente. Todo esto realizó nuestro Santo en sintonía, subordinación y colaboración con el orden episcopal. Los obispos así lo apreciaron y hasta lo consignaron en algunos de los informes que elevaron a la Sede Apostólica, en especial, con motivo de las llamadas «visitas ad limina». Estimaron ellos que fue laborioso en grado superlativo, a la vez que una persona de eximia virtud y de máximo y ardentísimo celo, desplegado de manera continua en el ministerio de la predicación y del confesonario. Se comportó con los sacerdotes como un hermano solícito de su bien, apóstol infatigable, consejero y animador en todo momento. Éstos pedían su parecer y aliento, y se convertían de buen grado en sus colaboradores.

Con amor inquebrantable correspondió a la gracia de la vocación al estado religioso y, aunque con obstáculos aparentemente insalvables, llevó a la plenitud las exigencias de su identidad dominicana, sin convento y sin hábito desde los 23 años de edad. Esto, sin embargo, no fue óbice para que brillara en el firmamento de los hijos de Santo Domingo como uno de sus más heroicos seguidores, en la pobreza radical, austeridad de vida, predicación itinerante, valoración del estudio, oración contemplativa alimentada por la Palabra de Dios y la Eucaristía, devoción a María, amor por la justicia y la paz, constructor de vida comunitaria como alma de la misión, búsqueda de su prójimo para distribuirle los tesoros de la doctrina y la gracia. Dominico de cuerpo y alma, procuró el desarrollo de nuevas ramas en el secular árbol de la familia de los Predicadores. A este respecto no se limitó a proferir lamentos por los destrozos que causaron los vendavales de la persecución en el conjunto de la vida religiosa, y en la suya en concreto, sino que injertó un nuevo tallo en la misma y lo atendió con esmero, convirtiéndolo en la primera Congregación de dominicas en el ámbito hispano. Su misión, con toda claridad indicada, consiste en el *servicio en la mesa de la doctrina* —como diría Santa Catalina de Siena— tanto en lo que se refiere a proyectar luz hacia las verdades a profesar, como en la manifestación de la senda que se configura en conformidad con la ley de Cristo. Servicio, en una palabra, en el

ámbito de la teología dogmática y de la moral fue el que señaló como objetivo a su grupo de educadoras y predicadoras.

Las familias, asociaciones, la sociedad entera, el mundo rural y de la incipiente industria, los artesanos, comerciantes, transportistas, el campo del trabajo en general, los niños y jóvenes, ancianos y enfermos, los privados de libertad, los pobres, gozaron de su predilección. Esto explica la facilidad con que sintonizaba con todos. De él puede decirse cuanto afirmaban de Santo Domingo sus contemporáneos: *Como amaba a todos, de todos era amado*. A los seculares ayudó a descubrir la llamada recibida de Dios hacia la perfección de la vida cristiana. La perfección en su estado es la cumbre para escalar. No pretendía halagar los oídos de nadie, y por esto le persiguieron en ocasiones, pero, a la hora de la verdad, los perseguidores se convirtieron en seguidores, después de buscarlo para reconciliarse con quien les ofrecía la verdad y la vida a la que, en definitiva, les incitaba la parte noble de su alma. Hacia el mundo de los seculares, señaladamente los más necesitados, hacia la formación integral de la mujer orientó las escuelas que atendía su Congregación. Quiso que las niñas y jóvenes que las frecuentaran se convirtieran en fermento dentro de una sociedad renovada. Por derecho, el campo de irradiación de su Instituto religioso es la tierra entera. Lo será de hecho, escribía, si sus miembros integrantes seguían fielmente tras las huellas de Cristo y de María.

La Iglesia tiene desde hace cuatro años un nuevo Santo en el calendario litúrgico, cuya fiesta se celebra el 19 de mayo, día del aniversario de su nacimiento a la vida de Dios por el bautismo, sacramento que recibió al día siguiente de su venida al mundo en 1812, prácticamente hace ya doscientos años.